



FRANCISCO SEGOVIA



Cala de poemas





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN VOZ VIVA

Leonardo Lomelí Vanegas

Rector

Rosa Beltrán Álvarez

Coordinadora de Difusión Cultural

Myrna Ortega Morales

Secretaria de Extensión y Proyectos Digitales

Sonia Ramírez Saldivar

Voz Viva



Ilustración de portada: Pedro Daniel Guerrero González

VV - 154

Primera edición: 21 de junio de 2024

DR © Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, C.P. 04510,
Ciudad de México.

ISBN 978-607-30-9255-5

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales. Impreso y hecho en México.

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información
Nombres: Segovia, Francisco, autor. | Espinasa, José María.
Título: Cala de poemas / Francisco Segovia ; presentación José María Espinasa.
Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2024. | Serie: Voz viva de México ; VV -154.
Identificadores: MULTIMEDIA 21197 | ISBN 978-607-30-9255-5.
Clasificación: LCC PQ7298.29.E46.A6 2024 | DDC 809—dc2



FRANCISCO SEGOVIA



Cala de poemas

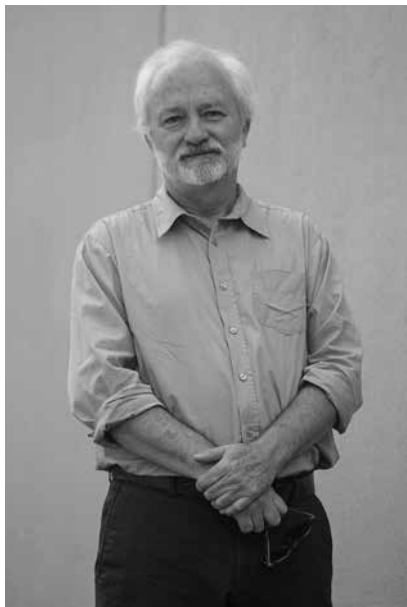
Presentación

José María Espinasa



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

México 2024



Fotografía Cultura UNAM. Fernanda García.



Francisco Segovia

(Ciudad de México, 1958) es poeta, ensayista, traductor y lexicógrafo.

Durante muchos años ha trabajado en el Diccionario del español de México, que se redacta en el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México. Sus últimos libros de poesía son: *Aire común* (*Poesía reunida 1994-2011*), *Material de lectura 215*, *La cima y Escenario*; de prosa: *Ristra de abalorios*; de ensayo: *Grumo y Detrás de las palabras*; de traducción: *El gato con botas y La piedra amada: Seis canciones de Dante*. En 2022 coeditó, con Adrián Muñoz y Juan Carlos Calvillo, *Primer amor*, antología de poesía amorosa.

Otras obras de Francisco Segovia que pueden escucharse en la red léidas por su autor son: *Partidas* (<https://www.poderato.com/onix/ciudad-radio/itinerarios-14>), *Al quinto sol* (<https://descargacultura.unam.mx/al-quinto-sol-6461754>) y *Agua* (<https://descargacultura.unam.mx/en-voz-de-francisco-segovia-3604234>).





CONTENIDO

Elogio de la voz: la poesía de Francisco Segovia	
1. Presentación. José María Espinasa (11:46)	11
Parte 1: Bosque	
2. Doblaje de la escena (01:28)	20
3. Dibujo a la luz de la luna (01:26)	22
4. Lejanía (00:47)	24
5. Promesa (00:47)	26
6. Madurez (00:30)	28
7. Amor eterno (00:47)	29
8. Ámbito (00:21)	31
9. Palabras (00:58)	32
10. El viento y el álamo (01:34)	34
11. Ahí donde duermes (01:00)	36
12. Traza (00:22)	38

13. Arqueología (00:23) 39

Parte 2: La cima

14. La cima (fragmentos) (08:22) 41

Parte 3: Sequía

15. Otoño (01:51) 54

16. Tardor (00:59) 57

17. Si no te viene a cuento... (01:32) 59

18. Duérmela... (01:03) 61

19. Sed (01:37) 63

20. Espuma de ola (00:26) 69

21. Boca (01:22) 70

Parte 4: Elegía

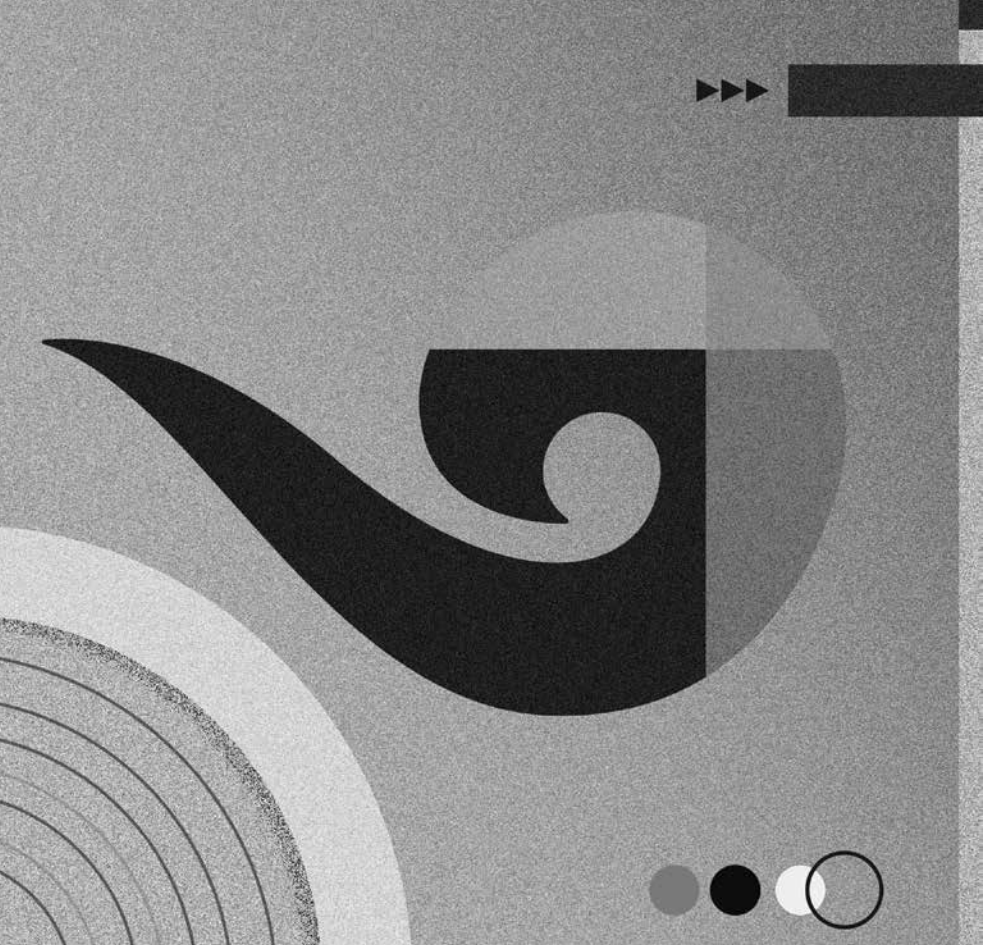
22. En el atrio (05:36) 73

23. Ofrenda (fragmentos) (04:31) 81



Parte 5: Historias y leyendas

24. Eurínome (01:19)	90
25. El alción (01:37)	92
26. Gregorio y Trajano (01:28)	94
27. La peste (01:42)	97
28. La pesadilla (01:14)	100
29. El alquimista (02:24)	102
30. Últimos pensamientos (01:36)	105





PRESENTACIÓN

José María Espinasa¹

Elogio de la voz: la poesía de Francisco Segovia

A veces he pensado, cuando escucho leer a los poetas sus textos, que la imprenta volvió a la boca –o a la garganta– instrumento y a la página partitura, y que por eso, aunque se escriba para ser leído en una página, lo que se plasma es la voz. Por eso a ellos les gusta leer sus poemas en voz alta ante un público, por eso el proyecto *Voz Viva* es tan atractivo e importante.

¹ José María Espinasa (Ciudad de México, 1957). Ensayista y poeta. Ha sido profesor, periodista y editor. Fue asesor de Difusión Cultural de la UAM; miembro del Consejo de Redacción de *Intolerancia*; director de *La Orquesta* y *Nitrato de Plata*; editor de *Nueva Época*; secretario de redacción de *Casa del Tiempo*, *Tierra Adentro* y *La Jornada Semanal*. Fundó y dirigió durante dos años el suplemento *Ovaciones en la Cultura*, periódico para el cual realizó las enciclopedias deportivas *Mundial de futbol I*, *Mundial de futbol II* y *Olimpiadas*. Director de Ediciones Sin Nombre, coordinador de producción editorial de El Colegio de México. Colaborador de *Casa del Tiempo*, *Intolerancia*, *La Jornada Semanal*, *La Orquesta*, *Nitrato de Plata*, *Novedades*, *Nueva Época*, *Tierra Adentro* y *Vuelta*. Becario del FONCA, Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales; en 1995 ingresó al SNCA.

Francisco Segovia (México, 1958) no es ajeno a esta fascinación por la voz. Uno de sus primeros libros de ensayos se llama *Retrato hablado* y en muchos de sus textos –se acerca ya a los 50 años de escribir poesía– se reflexiona sobre esa condición oral subyacente en la más escrita de las literaturas escritas –otro de sus libros se llama *SobreEscribir*– y que a través de ese sonido –de esa música– se aspira a ese horizonte mitológico: el canto.

Escuchar al autor leer sus textos tiene muchas derivas: ver cómo hace las inflexiones, cómo entiende su ritmo, su verso y su reverso, cómo al final quiere que lo oigamos. Porque leer es en cierta manera sinónimo de escuchar. Un poema es un laberinto de sonidos en el que el hilo de Ariadna es la voz. Y la voz es la voz. Esta tautología, aparentemente vacía, es importante. Solemos calificarla con sencillez: tiene buena voz –es decir, potente–, tiene bonita voz –es decir, melodiosa–, o bien, la tiene fea, chillona... etc. Después podemos ser descriptivos: una voz delgada, una voz de barítono, etc. Pero en sentido estricto la voz sólo deber ser calificada como voz. Es un sujeto que a la vez es cualidad, cualidad de sí misma. Y al escuchar una voz –esa voz– nos ponemos en disposición de oír, de oír lo inaudible.

Sabemos que no podemos contemplar la imagen de Dios –nos quedaríamos ciegos–, pero en cambio estamos dispuestos a escucharlo sin miedo a quedar sordos. ¿Por qué? Tal vez porque la voz es más humana que la mirada. O tal vez porque Dios es sólo voz. Esto nos lleva a ver, en la selección que Francisco Segovia hace de su poesía, para *Cala de poemas*, el aspecto más ritual de su poesía: el poema es un conjuro.

Francisco Segovia, a lo largo de su poesía, desde sus inicios a mediados de los años setenta, ha mantenido un horizonte claramente mitológico en sus textos, incluso en los más personales, pues sabe que el texto habla siempre del tiempo más allá del tiempo, del “otro tiempo”, de aquel que escapa de la duración, aunque permanezca en ella. Por ejemplo, han dicho algunos psicólogos de la percepción que el sonido –y con él la voz– permanece en nuestra memoria de manera más intensa. Que nos podemos olvidar de un rostro pero que en cambio reconocemos una voz que hace años –tal vez siglos, si habla desde el mito– que no hemos escuchado. Ese alcance de la voz tiene que ver con la misma condición de la poesía como oficio: la palabra métrica, que alude a la manera de medir un verso, debe ser

entendida más bien como una manera de oír, algo que no necesariamente tiene medida. Por eso, lo sabemos, la expresión “un verso” sólo tiene sentido si hay dos, si hay un reverso que nos muestra ese ritmo. Pero no se trata aquí de plantear un asunto técnico sino una disposición de la escucha, una actitud. Otra vez una tautología: escuchar es estar dispuesto a oír. Es una disposición física, una actitud. Que se corresponde con la que tiene el poeta al leer sus textos en voz alta. No quiere decir esto que grite, sino que emite sonidos, que lee como leíamos en el origen de la lectura.

Hay, claro, diferencias. Leer en voz alta hoy tiene una subrayada intencionalidad: se va en busca del otro al grado de que uno mismo se escucha como otro. A veces nos sorprende oír nuestra propia voz grabada porque parece la de otro: no nos pertenece. No sucede con tanta frecuencia, aunque sí, a veces, cuando nos contemplamos en un espejo. En cambio sí solemos reconocernos en el ritmo de la lectura: lee como si fuera yo. Y, en efecto, Francisco Segovia lee como si fuera él. Y allí, en la aparente contradicción, se pone en juego la alteridad del que lee y del que escucha.

La obra poética de Segovia es ya considerable –ha publicado más de 20 libros– pero, al preparar la selección de textos para *Voz Viva*, más que una antología propone un viaje sonoro. Ha excluido de esta *Cala de poemas* textos que por una u otra vía están al alcance de los lectores que los quieran escuchar en diversas plataformas (algunas de la propia UNAM, casa editora de *Voz Viva*). No es en sí misma una antología sino una propuesta para, justamente, calar su poesía. La palabra calar tiene muchas acepciones y múltiples usos: calar es probar, y tiene un uso culinario, tiene también un uso marítimo y otro minero: el agua, como los minerales, se cala, es decir, como el poema, que se pone a prueba al ser escuchado de una manera distinta a como lo hace cuando (sólo) se lo lee. Y también se dice, en relación al cigarro, “dame una calada”, apenas una prueba. No sé si Francisco Segovia se propuso evocar estos ecos en quien escuche sus poemas, pero al lector le es dado escucharlos así. Y tiene que ver con una escritura que busca hacer oír a su lector los ecos que en toda palabra ha acumulado el uso –no por azar él insiste que su profesión es la de lexicógrafo, alguien que escucha las palabras.

Los críticos han señalado, al hablar de su poesía, la importancia del paisaje: la naturaleza nos habla y la página es una concha acústica, un oído y, hasta más llana y físicamente, una oreja. Esta *Cala de poemas* es una selección ceñida; o mejor, cernida, para usar otro término propio de la cocina. Es por eso que en ella el poeta privilegió textos que dibujan el sentido a partir de un ejercicio plástico: son poemas dibujados; y es por eso que en esta selección, que privilegia la escritura de los últimos 25 años, escoge para leernos los poemas no más musicales sino más transparentes, es decir, audibles. El “ven y mira” de la escritura se transforma en un “ven y escucha”. Diría incluso que revelan en su lectura una condición escénica, no porque haya un histrionismo, sino todo lo contrario: hay un recogimiento, un hacerse voz. Y, a través de ella, un interiorizarse en el que los escucha.

Los árboles, por ejemplo, tan presentes en su poesía, nos hablan no sólo al ser movidos por el viento sino en su forma misma, en su crecer, en su ser o, modificando una frase de ocasión, los árboles sí nos dejan oír el bosque (*Bosque* es el título de uno de sus libros mejor logrados). En cierta manera, cuando Segovia dice sus poemas provoca que el que los

escucha se olvide de que están ya escritos y los mira, pero los oye escribirse. Igualmente, cuando asume la figura de un personaje para ocupar el yo del poema, no deja de ser él en la escritura; no hay ni una búsqueda de heteronimia ni, mucho menos, una forma de venturología. Si la escritura es un rasgo personal único, la lectura lo es aún más. Hace siglos que la poesía se juega su legitimidad en un juicio oral.

Cuando empezó a publicar sus primeros poemas, nuestro autor ya había dado a conocer sus textos en lecturas públicas y guarda desde entonces el gusto por la poesía leída en voz alta. Le gusta leer su poesía ante un público. En 2015 apareció en un grueso volumen, *Aire común*, su poesía desde 1994 hasta 2011 (y en este caso aire puede interpretarse como tonada o canción). Como ocurre con todos sus libros, el asunto tiene jiribilla: ese aire común es el que respiramos todos y en ese sentido tiene la excepcionalidad de la vida, y nos pertenece a todos. Como el paisaje, que pertenece a quien lo mira, como el poema, que pertenece a quien lo oye. En los casi diez años transcurridos desde la publicación de *Aire común*, Segovia ha publicado varios libros más y ha dado un cierto giro a su lírica.

En *Cala de poemas* ha querido dar un dibujo de esos giros en una ceñida muestra pensada para ser escuchada de viva voz. A la vez, “el de la voz”, que no soy yo sino Segovia –en esa expresión hermosa que habría que rescatar de los juzgados–, tiene que imaginar a quienes oyen su poesía: no lo ven, lo escuchan, no lo ve, lo imagina. Así, la voz terminará siendo el verdadero lugar de lo imaginario.

Leí en algún lugar que no se conservan grabaciones de la voz de Federico García Lorca y, sin embargo, ¿no tiene usted, lector, la sensación de conocerla, de oír sus poemas? Hay que darle la palabra a Francisco Segovia: “Arrimo estas palabras a las otras/ para que se sostengan mutuamente/ como las varas en el vértice de un tipi. // Y porque sé que al escucharlas/ abrirás dentro de ti ese lugar/ en donde se adivina lo indecible.”

PARTE 1: BOSQUE

Doblaje de la escena

He mirado la luz en el aire
de esta tarde, cómo urde el mismo enjambre de brillos
en la devanada frente de los edificios y cómo el agua
de aquel río se alumbraba por dentro y cómo parpadea:
panal de espejos...

He mirado esta luz en el aire
de otras tardes, en otra ciudad
menos vulnerable, abandonada en el desierto
como un trozo de vidrio:
enjambre de brillos
panal de espejos...

Como un laurel de la India
contra la vasta neutralidad del cielo...

He visto la carne de una muchacha oscura
encenderse por dentro y sé que el mismo entusiasmo
inquieta ahora las frondas de los fresnos
y desata una profunda sombra...

Aquí, donde antes respiraba un dios...
Hálito de las hojas,
como un bálsamo para la
herida del tiempo y el oscuro
entusiasmo de la carne...

He sentido un niño, una magra muchacha, un fresno
moverse en la espesura de esta sombra
de aire... Soy el que fui
en este cuerpo que será, tal vez, juzgado.



Dibujo a la luz de la luna

El fresno estuvo todo el día echado al aire,
dejando deshilarse las orlas de su orilla,
como si no tuviera borde su ámbito mundano.

–En mitad de la luz,
como un géiser que suelta su brisa al viento...

Pero ahora, en esta densa luz azul,
cierra sus rendijas y aprieta su contorno
como una sombra sólida.

Parece –como todo– más pequeño y más distante
en la miniatura de mundo que dibuja la noche.

Ya no vacila al aire en este mismo jardín
que la claridad lunar saca del tiempo:

se hinca en tierra, vertical, y se está quieto,
como el árbol sustancial del arquetipo.

Tú y yo volvemos a mirar, a la distancia,
su limpia afirmación nocturna.

Y no nos acercamos a palpar con manos ciegas
lo que mañana mostrará a la luz del día
—recovecos y ranuras que se hacen y deshacen
al vuelo, como la borrosa lluvia—,
porque acaso en su encogida soledad nocturna
vemos que es árbol verdadero porque sabe
quedarse quieto y posar para este instante
en el que tú y yo también posamos.



Lejanía

No nos hemos puesto a mirar al alba
desde la casa el horizonte
por refugiarnos aquí
de la violencia de su vértigo
sino por darle a la vaga lejanía
un lugar donde haga pie.

Pues si invocamos el abismo esta mañana
es sólo porque él a su vez nos ha invocado...

Y entonces comienza el alba...

Incorpóreo aún aún en su horizonte
distráido todavía de su propia vigilancia
entra poco a poco a nuestra luz



el antiguo volcán Popocatepetl
y echa raíces otra vez
en nuestro mismo suelo...



Promesa

¿Qué te ha hecho cerrar los ojos
tumbada en la humedad
del musgo y la hojarasca
sabiendo que te miro a todas luces
como una sombra –a la vez tendido
y levantado– sobre el humus?

Cierras los ojos y te dejas abrazar
–no por el bosque y su robusta presencia inobjetable
sino por todo lo que en él queda incumplido
y se asienta entre nosotros
como una nostalgia y a la vez una promesa.



¿Es eso entonces hoy lo que te mueve
a cerrar los ojos y tender los brazos
mientras apartas entre sí las dos rodillas?



Madurez

La madurez lo es todo

SHAKESPEARE

Las manos en las manos
los muslos en la pulpa de los muslos
los dientes en los labios
hiriéndolos...

Después de todo en todo esto no buscamos
la prístina salud de los comienzos
sino la dulce sanación
de lo maduro y magullado.

Amor eterno

No hay Dios entre nosotros
pero cada mañana descubrimos
revueltas en las sábanas
algunas plumas blancas
de sus mensajeros.

Nuestra fe se yergue entonces inocente
sobre estos restos: No hay Dios
pero acaso en sueños escuchamos cada noche
la voz de aquel ángel
que acuchillamos juntos cada noche.

Así se yergue nuestra fe saciada.
Anoche nos amamos. No. No hay Dios

pero sus mensajeros no dejan de llegar
a morir en nuestro lecho.



Ámbito

Como el altivo laurel de la India
que quiere abrazar entre sus ramas
la tarde en torno que lo abraza
así también yo me resigno
a no tenerte nunca entera para mí
mientras me tengo entero en ti.



Palabras

Qué desbalagadas eran mis palabras
como cabras sueltas en un peñón reseco
antes de que tú plantaras entre ellas
tu bordón de luz.

Hoy todas llevan en el iris un reflejo de agua
y trepan a su peña como si supieran
—y están siempre a punto de saberlo—
que son naturaleza simplemente
porque viven hechizadas...

Con qué facilidad se reúnen hoy en su rebaño
a la orilla del acantilado. Y presienten quizá
quizá adivinan su fidelidad y su obediencia
al infinito...

Como él también ellas van hacia su fin
a la hondura para siempre intacta del abismo
a donde sin embargo siempre todo va
a cumplirse...



El viento y el álamo

A Luisa

1.

Por sentir el temblor de cada hoja
el viento se remansa alrededor del álamo
y pone un nimbo en la tibieza de su fronda,
una cúpula imantada, el ámbito de un roce
—pero nunca un roce...

En su atento corazón nada se mueve:
en el aire quieto todo está quieto.

2.

Esta tarde, en este jardín,
¡qué sed de animalidad le ha entrado al viento!

Se echa al pie del álamo y quizá consentiría
que alguien le rozara el impasible lomo.

A su lado sin embargo todo se inquieta
como una manada de lobos que vigila a la distancia,
a media estepa, cómo beben sus lobeznos en el río...

3.

¡Qué sed de animalidad! ¡De mundo
de machos y hembras y generaciones!
De abrazar al fin esa muda intimidad como a una cría
que nadie acaba nunca de tener
cabalmente entre sus brazos.

4.

Por dejarse tocar al pie del álamo,
el viento se hace aire entre los dedos.



Ahí donde duermes

Ahí donde duermes
es siempre un lugar sagrado,
prohibido aun
para quien en su propio sueño
sueña a solas contigo...

Ahí donde duermes
todo mira brotar aquí
el borbotón de su río subterráneo.

Ahí donde duermes
el tiempo aprende
a qué ritmo es tiempo
también para sí mismo

y el aire vuelve
a palpase el cuerpo a brazos llenos.

Ahí donde duermes
todo vuelve a su elemento y reconoce
que es deleitable porque se entibia
y porque muere.

Ahí donde duermes...

Y todo –árboles, piedras, hombre...–
se entrega devotamente a ese delirio
de rozar siquiera en sueños
no tu carne: tu encarnación.



Traza

Leños quemados, restos de unas brasas.
¿Hubo otros antes, pues, que se perdieron?
En las cenizas de un antiguo fuego
encendemos tú y yo nuestra fogata.

Arqueología

Vino la marea
con su aluvión de cosas
y al retirarse nos dejó
estos viejos tepalcates
que el sol ha resecaado...

Pero ¡qué cosas no formadas
habrá arrastrado su resaca
de vuelta a lo profundo!

PARTE 2: LA CIMA



La cima
(Fragmentos)

A Pepita

Encima, abajo, con tamaña altura

CÉSAR VALLEJO

subía yo
como sube el nivel del agua poco a poco subía suspenso
sin sentirlo a flor de superficie a ras de tierra
como llevado en la punta roma del mercurio
por el gradiente de un termómetro subía a la cumbre
“adonde me esperaba / quien yo bien me sabía” ...

§

subía a mirar –en las raíces– ascuas donde el viento aviva
la verde llamarada de cedros casuarinas y cipreses y aquel cielo
–más que limpio– al rojo blanco tras los cirros en jirones yo subía

a ver en lo hondo la hondonada de aquel apenas valle
—un cuenco nada más una escudilla—
en donde el viento se paraba
a tomar un poco de aire...

§

subía a rozar la carne de los hongos con mi carne
y la piel delgada de las hojas con la corteza
de mis yemas y nudillos y labios estragados

como si todo al rozarlo fuera a hablar...

§

subía dejándome llevar de las alturas
como un globo de Cantoya suavemente hasta la cima
no para mirar de arriba abajo lo de abajo
sino por ver cómo a veces se tiende el horizonte

por debajo del nivel del horizonte y ver
el espacio derramándose en el delta de aquel valle
y el sol poniéndose allá abajo

¡tan abajo!...

§

subía yo a la cima
como suben las laderas los incendios
“a se acabar e consumir”

como sube el fuego a las alturas
porque sí
por nada
porque es...

subía sin más fin que arder...

§

pero llegaba ya sin aire

la altura iba menguando ansias y ardimientos
para que acompasara yo el resuello y mirando abajo viera
cómo arden en el bosque los árboles despacio
y abajo en la ciudad los cuerpos arden
con una morosa combustión
que acepta fundir dos flamas en una sola...

§

de lo más hondo subía entonces
—como subía yo por esa falda
salvajemente— la tierra misma
como una savia exaltada que no quiere
sino el lujo de alzarse soberana a las alturas
y reventar ahí en un hongo un árbol una mata

una fiera llamarada que se arranca de su tallo y salta
y cunde y todo lo va incendiando ciegamente
libre ya de la antigua servidumbre de ser
quien era entre los hombres...

§

borbotón de tierra que manaba lentamente
—lo mismo que una mínima semilla
la brizna de un helecho o toda una araucaria
lo mismo que un enorme pedregal hirsuto
un húmedo terrón o una piedra arisca y solitaria—
hasta cubrir su propia fuente inundándola anegándola
y al cabo remansarse en un estanque de magma vegetal
de tierra vieja recién nacida...

el bosque olía entonces a hojas machacadas
a sangre a menstruó y a fermento

como si todo allí estuviese en trance
 de pudrirse o florecer como si todo
 se cerniera sobre un tiempo indeciso
 sin saber si dar un paso hacia adelante o hacia atrás
 –que el destino queda siempre a sólo un paso–
 hacia el cielo o la tierra
 hacia la fronda de arriba o la de abajo...

§

más que subir me hundía...

mundo de hadas y de trasgos ese bosque
 de lamias y lémures y larvas
 de ánimas que no amanecen y de espectros
 donde la luz no es luz sino la sombra de la luz
 el halo iridiscente de una turbera larga
 de una tripa que digiere en su lenta combustión



el duramen la corteza y luego
la tierna pulpa de los cuerpos consistentes...

cueva de piedras afiladas ese bosque digestivo
que en su muela de molino machaca agrama y deshebra
las fibras de los tallos y los granos de las piedras...

mundo de espesas pulpas
de moho y musgo y ácidos amargos
esa sombra siempre en trance
de digerirse a sí misma y consumirse
hasta quedar en los puros huesos
y el polvo humedecido de esos huesos...

§

subía y al subir
algo dentro de mí caía de muy alto

–desde más allá de los siete firmamentos
 venía cayendo– hasta quebrarse en mi fondo
 como un vaso que se rompe contra el suelo
 y hace trizas con el vidrio el agua que llevaba
 y astillas la sed que esa agua saciaría
 si agua y sed no se quebraran a su vez
 si no fueran tan sólo esquirlas dispersadas
 desde un centro ya vacío ya vacante
 como el mundo mundo que arrancó
 cuando todo fue arrancado de su centro...

§

pero era justo eso –esa intimidad desierta
 hecha de la misma soledad en que nacemos y morimos–
 ese último pudor de quien está a punto de entregar
 –con su desnudez y su pudor– su fundamento
 y dejar inerme en otras manos su vida y su muerte juntas



justo eso lo que de mí subía hasta el fondo de la gruta
“adonde yo bien me sabía / quién me esperaba”...

§

así llegaba al fondo a tamaña altura
con apenas el oído suficiente para oír
aquel murmullo del bosque
como un vaivén una marea
que iba y venía al ritmo
con que ella respiraba...

¿qué decía ese susurro
si es que en él había palabras?...

iba y venía su aliento
como la suave brisa que nace
del meneo de las hojas...

§

¡oh brisa que susurra entre las hojas!
¡oh dicha del aire fresco
que exhala la boca de la cueva
y resplandor que asoma de su fondo!
¡gozo de esa radiación que envuelve al hoyo negro!
¡oh flama que brota del carbón de su pabilo
y exultación de cada hueso en el fulgor del fuego fatuo!...

¡oh brisa que murmura algo
no sé qué arriba entre las hojas!...

§

altura de árboles de pie de hoy de un mundo
que el bien ha levantado que el sol alzó
de la tierra y el barro en que reptaban...



altura de árboles
de un mundo enaltecido...

el algarrobo –dicen los indios del Perú–
era una mera mata rala y rastrera
cuando el mal no había sido derrotado todavía
cuando campeaba el mal sobre la tierra
y entonces arrastrándose en la tierra el algarrobo
se le enredó en los pies puso un cabestro en sus talones
y le estorbó los pasos y entonces
Dios triunfó sobre la negra noche
el Sol triunfó sobre la negra noche
despejó la distancia y esparció su luz y entonces
irguió en el aire al algarrobo lo quitó del hambre
de comer las cosas pútridas diciéndole
que sólo de esa luz se mantendría –sólo de luz–



y lo puso en los cerros de los Andes
y lo hizo matriz y madre de los hombres y mujeres
de lo humano...

altura de árboles de esa alta cima
levantados donde ella me esperaba...

“¡Oh pura elevación!”
donde sube a las alturas el abismo...

PARTE 3: SEQUÍA

Otoño

Otoño ya. –¿Quién se ha muerto? –preguntaba la vecina
 con la taza de café humeando entre sus manos todavía
 –(el humo como el polvo hallando su camino
 en el rayo de luz que filtra una ventana)–, los nudillos
 rozando apenas la zona iluminada, apenas más rosados
 que el resto de la mano. –Y a ti
 ¿cómo no se te hizo eterna a ti
 la escalera de ese piso que acabas de bajar
 como si nada?

Otoño de calles largas en un aire cristalino
 que no emborriona –como el aire del verano–
 el punto final donde al final se tocan
 las líneas paralelas. Otoño nítido como el agua fría

donde los puentes de fierro son de fierro sólido
y la sombra traza a cuchillo su frontera con la luz.

¿Qué hacíamos entonces ahí
madre, hija mía, el día de muertos
bajo aquel eclipse, antes y después
–pero ya para siempre entonces...
mientras en esa ciudad el mundo
esperaba a sus héroes, cuándo
hacíamos qué, entonces?

La vecina –una mujer oscura en el umbral, hundida
en la sombra, rozando apenas con la mano las agujas
de una luz despiadada de tan viva
tan desnuda y vacía y casi obscena–
encogió el brazo y sus nudillos volvieron a la sombra.



–¿Quién se ha muerto? –preguntaba
y el humo del café perdía su rumbo
ciego en la negrura.



Tardor

Para Juan Carlos Mena

¿Por qué no se seca la manzana en el manzano
la manzana magra enjuta flaca
la manzana-dátil tejocote
(la piel pegada al hueso)? ¿Por qué no cae
sin gravedad dando vueltas en el aire
como las hojas del sicómoro en otoño?
¿Por qué se pudre a solas
la manzana en la humedad
de una cama de hojas en los charcos
los hoyancos echada en tierra
sin consuelo? ¿Qué gracia no le cumple
su refinamiento vegetal? Golpea
duramente el suelo Nadie
le echa tierra encima Nadie le dice “blanda te sea”

y no le es blando el aire como a las hojas del sicómoro
¿Por qué no se seca la manzana en su manzano?

Si no te viene a cuento...

Si no te viene a cuento, ni lo intentes,
por más que se te dé gratuitamente, con la ética
dativa y remilgosa con que se da por fin todo eso
que finalmente se te da;
que no haga bulto bajo la piel de tus palabras,
que no se asome... –se le verían los dedos diminutos
sobre la línea de la barda y tú,
alegremente lenguaraz
en la doctrina desdichada, deslenguado,
correrías sin tropiezos a pisárselos...

Nomás porque hay dicha en ver la gravedad
y su empujón rotundo,
no vayas a creer que no pisas con pie firme...

Si se te viene a mientes, si porque sí
 se te pone en la punta de la lengua,
 a flor de labios, suavemente, como el roce del alba
 sobre la avergonzada luz de los faroles,
 no lo dejes ronronear en paz sobre la felpa,
 no le busques el dejo a cosa ya sabida y saboreada,
 no lo masculles mucho, no lo tararees:
 mejor pónitelo entredientes
 y deja que él mismo se eche a lomos esa trampa:
 porque si grita, escucharás
 el destemplado diapasón que cimbran
 pensamientos y transpensamientos.

Pero si el mismo borbotón te sabe a nada,
 no silbes, no cantes; ni lo pienses:
 todo se rinde al fin y al cabo.

Duermela...

Duermela, vélala, no la dejes
despertar. Si te asusta su tibieza,
acércale la cara y mira
si su vaho te empaña la mirada.
Métele en la boca un pedazo de esa estopa
que empapas en tu boca y déjalo
que se hinche allí, como el pan
con levadura, que es mudo y no repite
y se guarda los murmullos. Mírala
de frente y en la frente, desde arriba.
No la dejes otra vez
volverse por la espalda, por donde ha venido,
darte otra vez su rostro chato.
Que se quede allí. Que no vuelva.
Usa el cedazo de tu fuerza y ciérnele con él,



sobre la cara, la tierra que puedas levantar,
por si se despierta. Para que no cave
más hondo. No la entierres bocabajo.

Sed

...y hallar el agua clara –o el trago decisivo– que adelgace
 el denso aluvión de esta saliva donde se ahoga
 la lengua –más sepulta que anegada–; una frescura
 que ponga otra vez
 en el azolvado paladar (y en las tensas nervaduras de su bóveda)
 el dejo de las cosas que masculló la infancia
 y ahora saben rancio, arrebatadas
 como el fruto que se pudre todavía
 prendido de su rama...

que por su ojalá vuelva a cada olor su olor,
 su antigua levadura al pan –seco en la boca
 del horno, embozado todavía
 en el alba en polvo de su harina–;
 su amargura al fermento con que la cerveza limpia

a la boca de su sed, y al azar su ruido –ese silbido
de agua que se agita en el hervor de la tetera
deshilándose...

que mane otra vez aquella luz que aparecía
–con la violencia de lo que es inmotivado, jubilosa
de encarnar ahí– en el aire de un mundo
a la vez más ordenado y más salvaje

y sane en su tizne la quemazón del leño y se restañe
la negra quemadura de la sal porque la savia
vuelva a dar su bálsamo –más ligero, más
que el agua simple– por aliviar la sed
de esos pedruscos calcinados
que rompe y multiplica cada día al mediodía
el sol sobre la tierra...

y el bostezo negro del abismo
se trague al fin las piedras que le lanzan
y pueda al cabo irse al fondo todo
lo que siempre se ha ido al fondo

que el cuerpo del ahogado no desgarre
para siempre el agua
como la punta del ala
que un día rasgó el oceano;
que sea sólo un breve escalofrío
sobre la piel del lago y no rompa sin remedio
el hechizo que mantiene al agua con el agua
y a todas las aguas juntas como labios
que guardan un secreto;
que se cierre en fin al fin su bocanada de agua
en el agua –como la hamaca que se abre

para recibir un cuerpo y se cierra luego
sobre el centro de su peso—

que acerque entre sí sus bordes y deje a las orillas
ensanchar su comarca casi seca;
que se concentre la apretada gota
en que se vierte el lago otra vez sobre sí mismo
como un peso muerto...

—Ah, la gota de agua buceándose en el agua...

que dicho en plata no somos
sino mar precipitado en un mar oscuro, plomo
de una plomada visceral que cae
como está cayendo el sol eternamente
en el abismo de su propio peso, puntual

como el punto que cae siempre
en el centro de su círculo...

en este mar sin fondo donde no hay
sino irse al fondo como las piedras en el agua
y los cometas en el éter empujando
en su caída ciegamente un pliegue
de éter o agua; como una piedra que a todo opone
la inercia de lo inerte y se resiste
al movimiento sin ver que a sus espaldas
sin embargo todo
se “mueve, esparce y desordena” ya vencido
como una cabellera...

que el tiempo mire atrás y mire en su espejo
—de éter o agua— su rostro de tiempo
que no cambia con el tiempo y reconozca al fin

cómo se echa a su pesar a las espaldas
 su tambache de tiempo –que se agita como un niño
 en el costal del robachicos– el montón de piedras
 que arrojamos a sus pies en seña de inocencia...

que se trague esas piedras por dios
 y halle –si no el reposo– el centro
 de gravedad desde el que orbita,
 el horizonte “do mana el agua clara”
 –más sabrosa que aquello que se muerde–;

que halle en fin el trago decisivo que adelgace
 el denso aluvión de su saliva...



Espuma de ola

El mar extiende suavemente en la arena de la orilla
—como quien acuesta en su lecho a un niño enfermo—
las guirnaldas de sal que antes tuvo en su regazo.

Así pongo yo también piadosamente
los labios escaldados sobre tu piel de alumbre.



Boca

La desbocada boca hocico de un perro
La boca jeta del chango
El pico del pato que criba su lodo
La boca pan la boca manzana
La boca flor mondada tonel duramen
La boca del amor pero trocándose
en la del jabalí hembra hecha de hambre
La solitaria boca en la ventosa
La boca virus vampiro chupamirto
La desbocada boca virgen
La boca horno
puerta del infierno
diosa emputecida
La boca ojo en la navaja
vasija de barro encebollada

La bocarriba bocabajo

La boca vulva la bruja y su lengüita

El aguaboca del deseo y de la asfixia

La boca de sombra remolino Maelström

La boca encendida de la sal

La boca seca la boca hiel

La impaciencia boca descosida

trampa de venados

La boca hija madre pulpa entusiasmada

La desquiciada boca boca brutal comedida

sorbiéndose la sangre de los labios.

PARTE 4: ELEGÍA



En el atrio

(Elegía por Juan Carvajal)

Sólo el silencio es grande

ALFRED DE VIGNY

1.

En el atrio otra vez todos
otra vez se han tapado los oídos.
Revientan los cohetes allá arriba...

Y tú ¿qué ibas a decir ahora tú? ¿Eh?
¿Algo que atronara también
el valle de los tlahuicas
o se quedara retumbando
en el pecho de Montealbán?
Un circunloquio quizá
—de lo más propio—

sobre el redondo templo
de Apolo en Delfos...
En Delfos... Pero ¿aquí?...

Aquí, en la iglesia, y más allá, en la plaza
todos se han tapado los oídos. Nadie quiere oír
el tableteo de los cohetes en el frontón del cielo
ni la terrible perorata que murmura
en el atrio el pordiosero
—en el atrio: nunca en el altar...

2.

En el ovillo de sus telas
—como una araña mustia y recomida—
el pordiosero hila cuentas, abalorios,
bisutería de una fe sin consagrar,
y en el tartamudo fulgor de su propia coheretería

masculla cosas... un trozo de pan,
injurias, el Evangelio
de una iglesia cimarrona.

Nadie lo escucha:
Tiresias tirado a Lucas
—no a Tiresias...

3.

La iglesia moja en el mismo vino todos los panes;
en todos ve la misma masa... Y, así,
hasta la tortilla es pan. ¿Cómo entonces
oír a Tiresias en Tiresias —no en Lucas
o Marcos o los otros?... ¿Y cómo no oír
cómo se calla Tiresias
en los cuatro Evangelios?
¿Cómo no ver que para todos



esta fiesta es cosa de ver y no escuchar
y sin embargo ver cabalmente lo que no se escucha?

En el atrio de la iglesia
todos se tapan los oídos
para no quedarse sordos.

4.

El silencio retumba en el pecho
como un trueno que no oyen los oídos.

Sí. “Sólo el silencio es grande”.

Y ahí, en su ámbito, los dioses viven
—como los mares y los bosques—
de comerse a manos llenas a sí mismos:
Dios Hijo es pan en la mesa de Dios Padre,

por Baco despedazan a Baco las bacantes
y la Fe se roe las rodillas...

Pero el mendigo ablanda
en la boca largamente
la masa de un mendrugo
que no está hecho de su carne...

5.

Bien hayan allá los dioses en lo alto,
devorándose, hartándose de sí, ahítos
hasta reventar
“en su radiante atmósfera de luces”
(¡Los cohetes, Juan, los cuetes!)

que si acá abajo el silencio es grande
es sólo para dejarnos comer en paz

dioses o cosas...

(Cosas odiosas –si tú quieres– desalmadas,
pero cosas al cabo –o dioses– que no son
lo que tú y yo)

que no son como nosotros.

6.

Silencio para comer en silencio.

Silencio para hacer
oídos sordos al silencio de los dioses.

¡Y la retahíla de los cohetes
muda allá arriba!

7.

En el atrio otra vez todos otra vez

se han tapado los oídos.
Pero tú además
por una vez cumplidamente
cierras también la boca.

¿Como el mendigo mascas dioses –comes pan–
ablandas en silencio con la lengua ese silencio
que habrá de rondarnos sin que nos demos cuenta?

Porque hasta eso, eso que no se oye
se queda rondando en el pabellón de la oreja
redondeándose...

8.

–“Pero usted shhh”... ¿Eh? “Usted shhh” –murmurabas
pidiéndonos silencio en el oído, no en la boca.
Silencio en el molde de la oreja, ahí

en el laberinto de lo que oye...

–Usted Shhh... –Y escuche...

9.

Bienaventurados los que oyen
aun después de taparse los oídos.

Bienaventurados y tristes, Juan –tristísimos–,
pues ellos deben saber que no son vanas
las palabras que se dicen “a oscuras y en celada”
para redondear el silencio en el pabellón de la oreja
y sepan además que la verdad
–la pura verdad– no puede decirse
nada que no pregone al oído
de los cuatro vientos su secreto:
“Sólo el silencio es grande”...

Ofrenda

(Fragmentos)

...la mirada ida clavada en tu ausencia
–esclava de lo mismo que miraron
los héroes tristes en la melena de Medusa
y Narciso en el estanque de su hipnosis–
la mirada ausente que el vacío vació con su cuchillo
la monda mirada hueca con que hoy miramos
extrañados
la presencia ...

§

Este puñado de lluvia
que el viento ha echado contra el farol del parque
también es polvo que vuelve al polvo.

§

El dolor más intenso no se emboza
no echa las cortinas no se humilla.
Deja en cambio en el cenit brillar su sol
limpio y claro como un rondó de Mozart.

No hay engaño entonces
ni hay reproche de las cosas.
Está desnudo el mundo y está abierto
para el mediodía del dolor...

§

Echo un balde de agua a las baldosas.
He oído que no hay sitio
que no tenga otro debajo
y que el agua siempre encuentra
la pendiente y se sumerge.

Que no sube
como el fuego.

Echo un balde de agua al suelo.
Busco una entrada.

§
Esta luz helada y blanca
que se unta al cielo y nos lo oculta
no quiere nada con el sol
ni nada con las sombras.
Pero algo quiere...

No es neutra su claridad quizá
porque algo tiene que decirnos o mostrarnos
sin concederle un punto de reposo a la mirada
ni un nido al pensamiento.

Esta luz de invierno tras la lluvia
no quiere darnos todavía
la dulzura ámbar de la tarde
y la tibieza de su ocaso.
Quiere en cambio que miremos este día
con lucidez y frío.

§

No es nuestro este dolor: es del aire que se encoge
de la luz que va a quebrarse como un vidrio
de las ganas de la puerta de saltar del quicio
del malvón que quisiera infloreceer.

Es de éstos que no somos en nosotros de estos cuerpos
sonámbulos del tacto entumecidos de estos cuerpos
cuyos fantasmas somos.

§

...como si cada cosa fuese sólo
el desgarrón que ella misma dejó
al irse a pique su propia Atlántida...

...cada cosa el tajo rojo
de un cerro desgajado
una herida reciente...

...como si todas estas cosas
que tenemos en los ojos y en las manos
fuesen ruinas nada más de lo que fueron
cuando tú las sostenías en tus palmas
y en tu mirada todavía
eran claras y completas...

§

Iba tras sus pasos.

Quería poner el pie de vuelta
sobre la huella del comienzo.

No porque creyera
que al llegar al punto de partida
acabaría el viaje
sino porque sabía
que sólo al cerrar el círculo
aparecería
en el centro
el centro.

§

...un cielo donde el alma
no se aleje tanto de los hombres
que deje de estar con ellos

donde no esté como ellos
pisando sólo la negra tierra
pero que tampoco esté sin ellos...
un cielo donde el alma
pese y pesando levite:
ni todo tierra ni todo cielo... uno
en que las almas floten
como en un río...

un cielo de agua...

§

Arrimo estas palabras a las otras
para que se sostengan mutuamente
como las varas en el vértice de un tipi.

Y porque sé que al escucharlas

abrirás dentro de ti ese lugar
en donde se adivina lo indecible.

§

Siempre a tres pasos de ella
como una ola que corre detrás de otra.
Entre los dos hay un valle en sombras.
Sólo el amor llena el hueco.

PARTE 5: HISTORIAS Y LEYENDAS



Eurínome

Qué espacio abriste Señora
para tu danza de nube entre el cielo y el mar.
Qué aire para las evoluciones
con que trazaste sobre el negro abismo
todas las formas que después ha habido.
Y qué teatro también Señora
para tu inocencia sorprendida
pues no viste que a tu espalda
la estela de aire que tu baile iba dejando
cobraba fuerza poco a poco y ya era
un largo dragón una serpiente y sus volutas
los anillos con que al fin se enredaría
en tus muslos tu torso tu cintura.
Al detenerte y darte media vuelta
te golpeó de frente Ofión



el viento del norte
el fecundo Bóreas
y allí todo empezó
todo cuajó en el aire...:

un gesto de tu mano es el Olimpo
tu cabellera ondulante el Istro el Éufrates el Nilo
si es mediodía es que sonrías
si de noche es que te callas ...

Qué espacio de luz abriste
Señora en medio de la Noche
para tu danza de nube entre el cielo y el mar.



El alción

Para Juan Nicanor Pascoe Pierce

Duermen todos en cubierta. Todos menos Mopso
que ha velado doce días en la sombra de la noche
y repasa en silencio con la mano de ida y vuelta
el barandal que va de las amuras a la popa
esperando una señal.

No termina de rayar el alba de esta noche tensa
cuando Mopso escucha el canto de un alción
que se cierne –se suspende que se queda
fijo como una estrella–
sobre el sueño de Jasón y su mesnada.

Pero un dios lo hace girar de pronto
y la estrella se derrumba en un vuelo
suave como una curva catenaria

y al fin se posa en una moldura de la popa.

Lo mira Mopso ahí un momento.

Sabe que el alción –el martín pescador

hijo del viento– augura que habrá paz en el cielo

y que el Argo podrá levar el ancla y largar las velas.

Ignora en cambio de qué color es su plumaje

–pues pasa por él en un instante todo el iris–

y se pregunta si el mismo pájaro lo sabe.

Y si sabe además acaso

que un dios lo elige para que sirva de palabra suya –esa

que Mopso escucha ahora con los ojos un instante

antes de ir a despertar al capitán.

Gregorio y Trajano

En vez de que Trajano
arda eternamente en el infierno
como buen pagano que era
Gregorio tiene fiebre a diario.

En vez de que Trajano
trague plomo fundido en el averno
Gregorio no come sin sufrir reflujo
gastritis y acidez.

Si al emperador de Roma
ya no le disyunta el diablo
las coyunturas en el potro
es que dios le manda artritis a Gregorio
y una punzada en cada hueso al caminar.

Si ya no abraza al César
la dama de hierro
y nadie le pone la cigüeña
ni le aprieta el cepo chino
es que el Papa sin cesar padece
fibromialgia calambres gota.

Todo esto eligió Gregorio mismo
cuando rogó a dios
que le ahorrara al buen emperador
tormento eterno:
“O eso –dijo el ángel–,
o dos días en el purgatorio”.

Pero un día en el purgatorio
es una eternidad.
¡Y dos...!



Gregorio sufre pues
sus mil achaques cotidianos
y sus mil idiopatías
mientras Trajano vaga estupefacto
mirando los tormentos del infierno
sin apenas sentirse el cuerpo.

La peste

Tres días con sus noches
estuvieron pasando sin parar por las calzadas
los mexicas que salían de Tenochtitlan.

Sesenta y cinco días había durado el sitio
que dejó la ciudad en ruinas y deshecha
envenenada de sal y podredumbre su agua dulce
y cargado el aire de pestilencia y miasmas.

Poco a poco se vaciaba la ciudad
como un río que se va extinguiendo
y en el último hilillo de agua
deja ahogándose un montón de pececillos
que aún saltan que aún están saltando.
Pero también ellos se aquietan



como todo finalmente
y pronto no queda nada vivo.

A la buena de Tláloc
confió Cuauhtémoc la limpieza
de Tacuba Tlatelolco y Tenochtitlan
(Cortés –quizás– a la de San Isidro)
y “larga y repentina / cayó la lluvia compasiva”
y limpió las plazas los canales y las calles.

Pero la enfermedad siguió y siguió
como el salitre por los muros de las casas
y alcanzó Oaxaca y Michoacán
con sus fiebres sus bubas sus viruelas
y siguió y siguió y siguió
por Tabasco y Campeche
y Yucatán y las Hibueras



sin cuidarse mucho de españoles:
iba sólo por los indios.

Esos mismos indios
que –dijo don Baltasar
Dorantes de Carranza–
“Se acaban de prisa [...]”
Con el solo aliento los acabamos”.

La pesadilla

(México, hacia 1612)

Es Jueves Santo y la ciudad de México
duerme y sueña que en San Lorenzo
—pueblo de negros cimarrones—
el viejo Yanga y su lugarteniente
Francisco de la Matosa
se rebelan contra la Iglesia
el rey y su Nueva España.

Hundido en su sueño
escucha el pueblo los gruñidos y el tropel
de una piara que cruza la ciudad
y cree que lo asalta el ejército rebelde.

A la mañana siguiente
para exorcizar el terror nocturno
la Audiencia manda ahorcar
veintinueve negros y cuatro negras
que después son desmembrados
y sus cabezas clavadas
en treintaitrés escarpías.

La multitud que sigue
la ejecución en la plaza
parece aún dormida:
se agita sonámbula
como un mar borrascoso y ruge
con un gemido sordo y largo
que a todos llena de espanto
pero que a nadie despierta.



El alquimista

Para Lilly Heinz y Sandra Pani

No fue nunca el oro por el oro sino el oro
por lo que enseña a hacer a los brazos
los pensamientos y los ojos...
Porque nos hacía templar una llama más intensa...

Ni la plata por la plata misma sino por ver
cómo recogía en su paño los polvos del ocaso
sin adueñarse de él dejándolo esfumarse en su horizonte...
Oro y plata al principio porque eran
la luz del sol en el cenit y su reflejo tendido en un estanque
el mundo material y el impalpable
la Obra y el Arte...

La nobleza del metal para aprender de bulto
que a fin de cuentas todo es ritmo:

el golpe del martillo sobre el yunque
los pasos en celada por la noche
la línea que se corta o se entrelaza
la oración el canto el improprio...
que todo tiene su compás...

Cosas elementales al principio sí... Después
la urdimbre compleja en que se traman:
élitros vértebras quijadas el polvillo del carbón
y las tensas nervaduras de la hoja
 pero también la urdimbre de la otra hoja:
 esa que iluminan la luz del carboncillo
 la tinta y la acuarela
las leves alas que hacen levitar a las libélulas
y las alas con que vuelan las semillas de la acacia
las espinas de flores y de peces
las vértebras que unen la columna el tronco

–y su rama brazo mano hoja–
con el botón y la yema –la yema de los dedos...
el giro imperceptible del gozne que articula
el cielo del cielo con el cielo del agua
la voz y la palabra y el sentido...

Oro y plata al principio en fin para aprender
que no existe una sola cosa
que no pueda ser metáfora de otra
y que no hay nada que palpite en el tiempo sin cambiar
de forma de nombre de misterio... sin trasmutarse...
Que todo es aprender a entrar a ritmo...

Últimos pensamientos

Viajó por el mundo.
Asia, África y América.
Islas incontables e incontables
enjambres de mosquitos.

“Cuando uno cabalga sobre el mar
—decía— toda la tierra es poca:
una línea delgada en donde hay
pocos abrevaderos
pocos atracaderos.

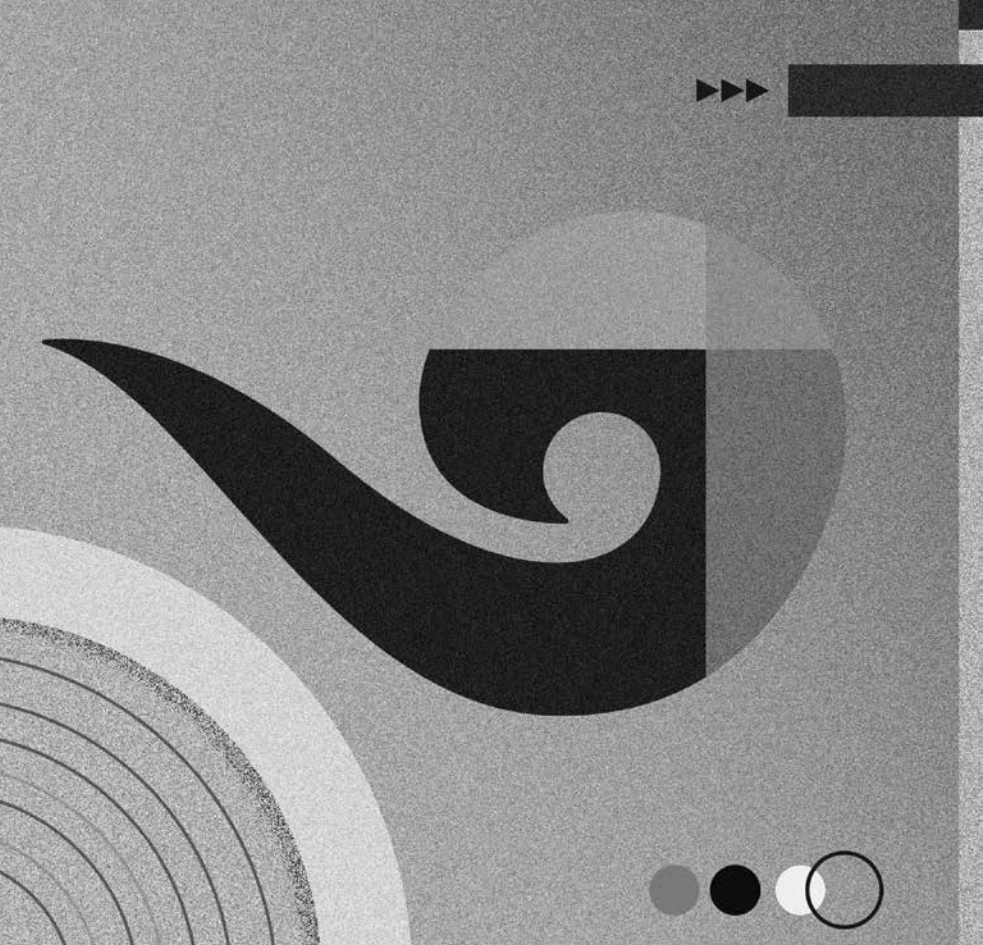
Yo me monto a lomo de las aguas
y bebo sólo bruma y miro
hasta donde la vista alcanza...
Yo nunca añoro la tierra.”



Un grueso tomo de memorias
está secando aún el sepia de su tinta
en los estantes de su biblioteca.

Pero en su lecho de muerte
sólo recuerda (y aun anhela)
la neblina que vagaba al alba
por las calles de su infancia
un gajo de naranja en la boca al mediodía
el olán de una cortina inquietado apenas
por una apenas brisa en un hotel de Cuernavaca
y aquella esquina a pleno sol
donde esperó en vano a alguien que ha olvidado
la voz de su madre llamándolo de lejos
el nombre de sus hijos (niña y niño)
aquel trago de ron de cada tarde
con los mismos tres amigos ya difuntos

la temperatura de su esposa
dormida entre las sábanas
y el odiado estribillo de una canción mezquina
que siempre siempre (incluso ahora que se muere)
le usurpa el pensamiento.





Revisión, registro y catalogación: **Sonia Ramírez Saldivar** y **Karla Escobar Escudero**

Grabación y edición de audio: **Paola Hernández Samperio**

Realizada el 22 de agosto de 2023 en el estudio de Universum. Museo de las Ciencias

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

Cuidado editorial: **Patricia Zama**

Coordinación: **Elsa Botello**

Diseño editorial: **Vicente Rojo Cama**

Formación y edición: **Rocío Mireles**

Portada: **Pedro Daniel Guerrero González**

Agradecemos la participación de Luis Paniagua para la elaboración
de la imagen de la portada.



Cala de poemas, de la serie *Voz Viva de México* (VV - 154) a cargo de la Secretaría de Extensión y Proyectos Digitales de la Coordinación de Difusión Cultural, editado por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, se terminó de imprimir el 26 de junio de 2024, en los talleres de Gráfica Premier, S. A. de C. V., 5 de Febrero núm. 2309, colonia San Jerónimo Chichahualco, C. P. 52170, Metepec, Estado de México. Para su composición se usaron los tipos Garamond (10/15), (6/7), Gill Sans (17/19) El tiro fue de 1 000 ejemplares impresos en offset, interiores en bond de 90 gramos y forros en cartulina sulfatada de 14 puntos.